



Revista Conflicto Social - Año 7 N° 12 - Julio a Diciembre de 2014

A los golpes con el golpe. El movimiento estudiantil frente a la intervención de la Universidad de Buenos Aires, 1966.

A shock to the coup. The student movement against the intervention of the University of Buenos Aires, 1966.

Juan Sebastián Califa *

Recibido: 15 de mayo de 2015

Aceptado: 5 de julio de 2015

Resumen: Un mes después del golpe de Estado que derrocó a Arturo Illía en junio de 1966, fueron intervenidas las universidades nacionales. Este proceso de transformación autoritaria de las casas de altos estudios sólo fue posible merced a la violencia que puso en jaque la activa resistencia ofrecida por la militancia estudiantil opositora. En este artículo se reconstruirá, a partir de diarios, revistas y diversos documentos estudiantiles, los primeros meses de la intervención en la Universidad de Buenos Aires, claves en la desarticulación del proyecto reformista. Se pondrá énfasis en los enfrentamientos sociales acaecidos así como en los resultados inmediatos que cosechó el dispositivo represivo oficialista en las facultades más hostiles a la dictadura.

Palabras clave:

Universidad, movimiento estudiantil, dictadura, intervención, enfrentamientos.

Abstract:

A month after the coup that toppled Arturo Illia in June 1966, were intervened the national universities. This process of authoritarian transformation of institutions of higher education was only possible thanks to the violence that buzzed active resistance offered by the opposition student militancy. In this article you will be rebuilt, from newspapers, magazines and various student records, the first months after surgery at the University of Buenos Aires, key in dismantling the reform project. Emphasis will be on the social clashes occurred and in which reaped immediate results the ruling repressive device in the most hostile to the dictatorship powers.

Keywords:

University, student movement, dictatorship, intervention, clashes.

* Doctor en Ciencias Sociales. Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones en Ciencia y Técnica (CONICET) y del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani", Universidad de Buenos Aires, Argentina. Correo electrónico: jscalifa@hotmail.com



Introducción

El 28 de junio de 1966 asumía la presidencia tras el golpe de Estado el general retirado Juan Carlos Onganía, liderando el autoproclamado gobierno de la “Revolución Argentina”. En su asunción se hizo presente un amplio abanico de personalidades que incluía figuras destacadas del mundo empresario y político junto a gremialistas de fuste como el líder de la CGT, Augusto Vandor. Se iniciaba así lo que muchos estudiosos del período denominaron “modernización autoritaria”, etapa donde el “tiempo político” quedaría supeditado a los objetivos trazados para el “tiempo económico”. En ese sentido, el horizonte gubernamental de largo plazo requerido por las tareas a emprender singularizaba el proyecto de estos golpistas respecto a sus antecesores marcados por el signo provisorio con que habían encarado siempre sus funciones. Aunque al momento del golpe y por algunos meses fue difícil señalar con exactitud qué fracción de la burguesía encabezaba el proyecto gubernamental, pronto esto se hizo visible: los monopolios industriales transnacionales. Así, según Juan Carlos Portantiero: “[...] se trata del intento más decidido realizado hasta hoy por la fracción dominante en el nivel económico-social, para superar a su favor una situación de crisis orgánica y transformar ese predominio en hegemonía.”²

En el terreno universitario el impacto del golpe fue enorme. El derrotero de activación política estudiantil de los últimos años que había marcado a estas casas de estudio públicas, lapso en el que la consigna “más presupuesto universitario y menos presupuesto militar” había establecido claramente el enemigo del joven reformismo, constituía motivo suficiente de indignación para el nuevo Ejecutivo.³ La Universidad conformaba en ese sentido un territorio

² Portantiero J. (1973). “Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual”. En O. Braun (comp.). El capitalismo argentino en crisis (pp. 73-117). Buenos Aires: Siglo Veintiuno, p. 85.

³ Sobre el período anterior a este artículo véase para el caso de la UBA Califa, J. (2014). Reforma y Revolución. La radicalización política del movimiento estudiantil de la UBA 1943-1966. Buenos Aires: EUDEBA.

hostil. En lo inmediato poco importaba erigirla como baluarte de modernización social. Antes de encarar esa faena era prioritario imponer el orden en sus aulas. Finalmente, el viernes 29 de julio de 1966 llegó el momento que ya todos daban por descontado. La intervención de las universidades nacionales se resolvió una vez confiada la Subsecretaría de Educación al abogado católico Carlos María Gelly y Obes –dictaba cátedra en la Facultad de Derecho–, cartera dependiente, según la nueva estructura, del Ministerio del Interior presidido por el cursillista cordobés Enrique Martínez Paz.⁴ El Decreto-Ley 16.912 firmado por Onganía dispuso, intentando acotar el impacto negativo de la medida, que los rectores y decanos universitarios pasaran a ser designados por el Poder Ejecutivo en carácter de administradores. Sin embargo, excepto en las universidades más pequeñas (del Sur, Cuyo y Nordeste), los rectores se negaron, debiendo dejar su cargos.

Esta medida atacaba la democracia interna de las casas de altos estudios al desconocerles legitimidad e injerencia a sus órganos de gobierno. Anulaba así instancias de cogobierno como la asamblea universitaria, el consejo superior y los consejos directivos que decidían los destinos de cada facultad. Se trataba, en síntesis, de liquidar toda la institucionalidad que había empezado a construir la Reforma Universitaria iniciada en Córdoba durante 1918 y que el cuerpo universitario, tras una historia de avances y reveses permanentes, con una intervención decisiva del movimiento estudiantil que asumía como propio ese legado, se había encargado en profundizar diez años atrás. La inaudita representación estudiantil alcanzada cuando a fines de la década de 1950 se erigieron los actuales estatutos universitarios fue

⁴ Según Potash, en una entrevista posterior el nuevo encargado de la cartera educativa le confesó que la medida había sido tomada por cuestiones de seguridad nacional antes de que él asumiera. En Potash, R. (1994). *El Ejército y la Política en la Argentina 1962-1973. De la caída de Frondizi a la restauración peronista. Segunda parte 1966-1973*. Buenos Aires: Sudamericana, p. 23. Por otro lado, O' Donnell clasifica a ambos funcionarios en la línea paternalista, esto es conservadores tradicionalistas, cuya máxima figura residía en el propio presidente, que junto a liberales y nacionalistas integraban el gobierno. Véase O' Donnell G. (2009). *El Estado Burocrático Autoritario 1966-1973. Triunfos, derrotas y crisis*. Buenos Aires: Prometeo.





cuestionada de raíz. La intervención, que tuvo su epicentro en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales durante la llamada “Noche de los Bastones Largos”, evidenció la determinación violenta del gobierno para sacar de su camino cualquier obstáculo que se le interpusiera. La resistencia estudiantil, sin embargo, le haría las cosas más difíciles.

La resistencia estudiantil a la ofensiva universitaria de la dictadura

A comienzos de agosto de 1966 el gobierno resolvió la suspensión de clases en las universidades nacionales por los próximos quince días. En la UBA, a medida que se iban liberando a los estudiantes detenidos se incrementaba la vigilancia policial en todas sus dependencias.⁵ En este clima represivo la Federación Universitaria Argentina (FUA), liderada por los comunistas, emitió una declaración contra el Decreto-Ley 16.912 en la que sostenía que “[...] viene a llenar las aspiraciones del gobierno de someter y amordazar a la universidad para impedir que se cumpla con el pueblo”. La misma convocaba a los alumnos a concurrir a las universidades y organizar la resistencia contra la intervención, reclamando la reapertura de las clases con la plena vigencia de la autonomía y la derogación del decreto-ley. Esta declaración fue seguida por los centros de estudiantes y agrupaciones reformistas contrarios a la intervención quienes alertaron sobre el peligro de disolución de estas entidades por parte del régimen. Dentro de esta corriente, los comunistas, el sector más nutrido, mostraron una gran determinación al combate frontal, motivados por la idea de que la lucha del movimiento estudiantil podía

⁵ La reconstrucción del día a día se realizó a partir de la base confeccionada por Pablo Bonavena: *Las luchas estudiantiles en la Argentina. 1966/1976*, Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad de Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1992. Esta base supone un enorme caudal de información diaria para todo el país. En el caso particular de Capital Federal se ha apelado a los diarios *La Nación*, *Clarín*, *Crónica* y *La Prensa*. La base reconstruye de modo puntilloso lo sucedido cada día aunque sin hacer referencia estricta al medio particular del que fue extraída cada información. Dado que la misma constituye la fuente troncal de este escrito no se hará referencia puntual (cita) a cada hecho, basta con saber que allí se puede corroborar lo expuesto. Sí se hará, por contraste, alusión precisa a la información que se extraiga de otras fuentes.

desestabilizar a la dictadura no sólo en la Universidad. Otras corrientes reformistas, en cambio, al igual que los grupos minoritarios de izquierda que estaban apartándose de su seno, si bien eran también reacios al golpe, consideraban un error mantener una lucha frontal con éste, dado su fortaleza actual, y señalaban que no se podía reemplazar la lucha que no desarrollaba la clase obrera con la lucha del movimiento estudiantil. En el humanismo cristiano, la otra corriente importante en el movimiento estudiantil, las aguas estaban divididas casi por mitades: una parte, se manifestaba abiertamente en contra del golpe, mientras la otra lo apoyaba. Estos últimos, junto a los minúsculos grupos peronistas y otras expresiones de la derecha estudiantil, conformaban el pequeño sector de la militancia estudiantil sobre el que se apoyaría la intervención.

En ese contexto, comenzó a darse el rechazo masivo de docentes a la intervención. Entre los profesores críticos primó el “renuncismo”, la renuncia a los cargos, como modo de manifestar su descontento con una situación que no se pretendía legitimar desde las aulas. Quienes alzaron esta postura, que en Ciencias Exactas y Naturales, Filosofía y Letras y Arquitectura sumó sus mayores adherentes, sobrepasaron a quienes preferían “luchar desde adentro” contra el régimen. Las organizaciones estudiantiles opositoras, sobre todo las comunistas, apoyando a los últimos al estar imposibilitadas de elegir el camino de los primeros –perder los estudios era un precio muy distinto que irse a trabajar de universitario a otro país– vivieron como un desamparo esta situación. Si bien comprendían a los profesores renunciantes, y públicamente los defendieron, en general eran reacios a una medida que los asilaría aún más al dejarlos sin virtuales aliados en el claustro docente; aún más cuando sabían que estos lugares vacantes serían ocupados por un personal adicto al gobierno.

En paralelo, se incrementó la represión oficial frente a cualquier manifestación contraria a la intervención universitaria. En estos días la





maquinaria represiva estatal hacia la juventud como sujeto peligroso llevada a cabo por el comisario Luis Margaride en la Capital Federal se pondría en marcha. Según Liliana de Riz: “Se persiguió a las parejas en la plazas, se multiplicaron las razias a los hoteles alojamiento, se clausuraron locales nocturnos y se prohibió el uso de minifaldas y pantalones a las mujeres en las escuelas y oficinas públicas.”⁶ El mundo de la cultura también resultó afectado al producirse la suspensión de numerosas publicaciones, Tía Vicenta fue la más célebre. Los partidos políticos opositores, el comunista resultó peculiarmente atacado, fueron puestos en la clandestinidad. Como ha señalado José Luis Romero: “La primera fase del nuevo gobierno se caracterizó por un ‘shock autoritario’”.⁷ Lo sucedido en la Universidad anticipó esta campaña de “moralidad pública” a la vez que expuso su capítulo más brutal. Como ha advertido Mónica Gordillo, las luchas estudiantiles en el país forjaron la principal resistencia al régimen tras el golpe.⁸

Agosto resultó un mes sumamente conflictivo en la Universidad en el que el gobierno reforzó su determinación represiva sobre la activa resistencia estudiantil.⁹ Empezando el mes fueron detenidos dos estudiantes en cercanías

⁶ De Riz L. (2000); *La política en suspenso 1966-1976*. Buenos Aires: Paidós, p. 53.

⁷ Romero L. (1994). *Breve Historia Contemporánea de la Argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, p. 232.

⁸ Gordillo, M. (2007). “Protesta, rebelión y movilización: de la resistencia a la lucha armada, 1955-1976”. En J. Daniel (dir.). *Nueva Historia Argentina. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*. Tomo IX (pp. 329-380). Buenos Aires: Sudamericana, p. 344.

⁹ En relación a lo sucedido en el resto del país con el movimiento estudiantil durante este mismo período véase: para Córdoba Ferrero R. (2009). *Historia Crítica del Movimiento Estudiantil de Córdoba Tomo III (1955-1973)*. Córdoba: Alción; para esta ciudad junto a Chacho, Corrientes y Tucumán Mariano Millán M. (2013). *Entre la Universidad y la política. Los movimientos estudiantiles de Corrientes y Resistencia, Rosario, Córdoba y Tucumán durante la "Revolución Argentina" (1966-1973)*. Buenos Aires: Tesis de Doctorado, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires; para Santa Fe Vega N. (2010). “Repertorios discursivos y constitución de identidades en el movimiento estudiantil santafecino durante el Onganiato”. En P. Buchbinder, J. Califa y M. Millán (comps.). *Apuntes sobre la formación del movimiento estudiantil argentino* (pp. 131-158). Buenos Aires: Final Abierto; para La Plata Bonavena P. (2012). “Conflicto social y protesta en la ciudad de La Plata: el caso del movimiento estudiantil frente a la irrupción de la ‘Revolución Argentina’”. En C. Castillo y M. Raimundo (comps.). *El 69 platense. Luchas obreras, conflictos estudiantiles y militancia de izquierda en La Plata, Berisso y Ensenada durante la Revolución Argentina* (pp. 15-63). Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora. Un relato más general con algún detalle se encuentra en Brignardello L. (1972). El

del Hospital de Clínicas de la UBA por pegar carteles en defensa de la autonomía universitaria, a quienes se les abrieron sumarios por “desorden en la vía pública”. Este tipo de detenciones se harían recurrentes. La represión pronto cobró también formas más abiertas como lo demostró lo sucedido allí mismo el 5 de agosto. Una protesta estudiantil, el primer desafío colectivo de los jóvenes universitarios porteños al régimen tras la intervención, había comenzado a colmar las inmediaciones de dicho hospital de la UBA para concentrarse frente a él. Pero el intempestivo cierre del centro médico y el avance policial dispersó rápidamente la protesta. La revista oficialista Confirmado señalaba que la policía había recibido la orden del Ministerio del Interior de actuar con la máxima prudencia, cosa que desde su punto de vista ocurrió ya que esta fuerza se limitó en la movilización antes señalada a arrojar unas pocas bombas de gases lacrimógenos al final y a detener dos personas para no desautorizarse ya que había prohibido el acto. Corroboraba esta actitud de apaciguamiento, según la revista, el hecho de que la Policía Federal dejara en libertad a los cuatro estudiantes que desde la intervención seguían detenidos pese a que le quedaban 30 días de arresto.¹⁰ Sin embargo, para los jóvenes manifestantes resultó claro que el gobierno, aunque sea cierto que prefiriera morigerar la represión, no estaba dispuesto a ceder un milímetro de su política universitaria. Si éste debía incrementar la violencia sobre un cuerpo universitario que no cesaba de manifestarse en su contra lo haría. Así quedó demostrado nuevamente con las manifestaciones “relámpagos”, es decir acciones de pocas personas que se realizaban sin aviso previo y que tenían una duración acotada pero suficiente para concitar la atención pública con la ruptura del orden que producían, las que no pudieron romper la trampa represiva contra la que fueron pergeñadas. En ese sentido, arrancarle demandas al Ejecutivo, o más aún dar por tierra con la intervención, requería de un nivel de movilización mucho mayor al alcanzado hasta aquí. No bastaba con el activo militante movilizado, por más aguerrido que este fuera.

movimiento estudiantil argentino: Corrientes ideológicas y opiniones de sus dirigentes. Buenos Aires: Macchi.

¹⁰ “Universidad”, en Confirmado, 11 de agosto de 1966, año 2, n° 60, pp. 19-23.





Este clima represivo se fue intensificando con el paso de los días. El 8 de agosto una asamblea en el Hospital de Clínicas resultó interrumpida por la policía y una marcha en la avenida Colón fue abortada a fuerza de gases. Al día siguiente, el diario *Crónica* afirmaba que la FUA no lograba movilizar a los estudiantes y que las renunciaciones de profesores alcanzaban ya las 1.300.¹¹ Ese inmovilismo de la masa estudiantil iba instalando un clima de derrota que marcaría los pasos de una militancia contraria a la intervención. Si bien el activismo continuó su lucha, desde aquí en más debió encararla en condiciones sumamente adversas. De este modo se iba abriendo una nueva etapa en la vida universitaria.

A pesar de los golpes recibidos, la militancia estudiantil opositora, con los comunistas a la cabeza, actuaba pensando que esta situación adversa era apenas una circunstancia pasajera. El pedido que ya comenzaban a realizar a las autoridades para poder llevar adelante sus actos, ofrecía sin embargo evidencias de lo contrario: una fuerte reglamentación, con su consiguiente delimitación de la vida política estudiantil, ya estaba transformando la vida universitaria. Así, el 11 de agosto concurrió un grupo de dirigentes universitarios, en representación de la FUA, Intercentros de la Capital Federal y la Federación de Graduados, al Ministerio del Interior a solicitar permiso para un acto que tendría lugar al día siguiente en un local con el objeto de “[...] realizar un desagravio a la universidad, en su día, y discutir las medidas para la lucha a desarrollar con el objeto de lograr la derogación de la ley 16.912”. El ministro se negó a recibir a la delegación e informó por intermedio de un funcionario que este tipo de permisos había que tramitarlos ante la Policía Federal. En los días siguientes, varios estudiantes que desafiaron la normativa resultaron apresados de inmediato.

¹¹ Este número es el que con posterioridad se reconoció como definitivo de las renunciaciones producidas en la UBA. Véase Slemenson M. (1970). Emigración de científicos argentinos: organización de un éxodo a América Latina. Buenos Aires: Instituto Torcuato Di Tella.

El 16 de agosto la intervención producirá, en su afán de “normalizar” la UBA, otro hito con la asunción de Luis Botet al rectorado. Este profesor adjunto interino de Derecho Constitucional, ex juez durante la dictadura de Aramburu y defensor de presos militares colorados en 1963, estaba poseído por un sentido jerárquico, militar, de la disciplina. Su determinación represiva frente a los jóvenes opositores quedó demostrada de inmediato. En su acto de asunción unos setenta jóvenes se agolparon en la puerta del rectorado arrojando volantes de la FUA e Intercentros que decían desconocer a las nuevas autoridades, como así también la aplicación de la ley que establecía el nuevo régimen universitario. La policía no dudó en avanzar sobre los manifestantes, produciendo incidentes que derivaron en ocho detenidos.

En respuesta a estas detenciones, dos días más tarde la FUA anunció que a partir del 22 de agosto se llevarían a cabo asambleas en todas las facultades para analizar los pasos a seguir y decidir la expulsión de las autoridades. Respecto al discurso de asunción del rector de la UBA, el presidente de la entidad estudiantil sostuvo que veía en él “[...] una clara intención de no establecer la autonomía y de perseguir en cambio a los estudiantes”. Frente a esta situación, Botet llamó a la reflexión de los estudiantes con motivo del reinicio de las clases. Pero este llamado en verdad encubría su política práctica que lejos de intentar contemporizar con las asociaciones estudiantiles que se le oponían, prefería acallarlas por la fuerza. Ello lo puso en evidencia una vez más con la disolución del Centro de Estudiantes de Ingeniería que promovió, acusado de haber emitido declaraciones que incitaban a resistir una ley de la nación y de alzarse contra las autoridades nombradas por la “Revolución Argentina”. Esta acción determinó la respuesta del centro afectado, quien en un volante expresó “La prepotencia de la dictadura no podrá disolvernó”, acusando a la intervención de buscar una Universidad de 12.000 estudiantes, algo así como la octava parte de los que cursaban en la UBA.¹²Al Centro de Ciencias Económicas, la otra entidad que contaba con una gran afiliación, también conducido por fuerzas reformistas, le cupo la misma sanción. Desde el gobierno nacional se profundizó este curso represivo con el decreto que disolvió la FUA.

¹² CEDINCI.





Entretanto, tuvo lugar la protesta “fuista”. En la UBA debía iniciarse ese 22 de agosto de 1966 el ciclo lectivo. Para ingresar a las facultades los alumnos tenían que mostrar sus pertenencias y la libreta universitaria que los acreditaba como tales a una meticulosa vigilancia policial. No en pocos casos los estudiantes volvían a encontrarse a miembros de esa fuerza merodeando pasillos y aulas. Agronomía y Veterinaria, Medicina, Odontología y Derecho podrían iniciar sus clases. Ingeniería, Farmacia y Ciencias Económicas tardarían unos días más en lograr la “normalización”. La situación se complicaba particularmente en Ciencias Exactas y Naturales, Filosofía y Letras y Arquitectura, facultades en las que corría la idea de que se perdería el año. El rectorado porteño, por su parte, al reabrir la Universidad cesantó a una treintena de jóvenes opositores. Mientras tanto, en Ingeniería reformistas y humanistas congregaron a mil quinientos estudiantes que vivaron por la autonomía universitaria y se manifestaron en contra del interventor local, haciendo difícil la reanudación del ciclo lectivo. En Medicina, las clases comenzarían violentamente: dos carros de asalto ingresaron al edificio para disolver una asamblea estudiantil que planteaba impedirlo. Los actos, que se repitieron durante toda la jornada, se encontraron siempre con una tenaz respuesta policial que no dudó en abortarlos. Durante esa jornada se manifestó plenamente que los interventores no sólo se valían de las fuerzas del orden y de sanciones legales para frenar a los opositores, sino también de otras organizaciones estudiantiles. Se trataba de organizaciones de derecha nacionalistas, aglomeradas por su virulento ataque a la Reforma Universitaria, que reunían un escaso número de seguidores pero que amparadas por la policía mostraban cierto dinamismo represivo. Así, en la calle Paraguay la minúscula Liga de Estudiantes Independientes firmó pintadas censurando a la FUA y a los “bolches”. En los carteles que pegaron se leía: “Basta de FUA, desorden, pérdida de clases, política bolche. Nosotros a clase, FUA a Moscú”. Las agrupaciones proclives a las nuevas autoridades no dudaron en delatar

compañeros y en colaborar con la policía en sus requisas.¹³ Los resultados de dicha jornada de lucha fueron discutidos ya que mientras los oficialistas alegaban su fracaso los promotores de la misma evaluaban lo contrario. Por ejemplo, el Movimiento Universitario Reformista (MUR) de Derecho estimaba en un 40% la presencia de los estudiantes en su facultad mientras que el Movimiento Universitario de Centro, de derecha liberal, favorable a la dictadura, calculaba en 80% la asistencia a clases. El balance de la jornada pareciera inclinarse del lado de las autoridades ya que más allá de la mayor o menor concurrencia pudieron imponerse frente al desafío fuista.

Este balance provisorio se iría confirmado con el correr de los días. Ya en la jornada siguiente se empezó a corroborar. La FUA en un comunicado fechado el 23 de agosto declaró su propósito de “[...] continuar la resistencia y la lucha por la derogación de la ley 16.912 y en defensa del gobierno tripartito y de la autonomía universitaria, así como por la plena vigencia de los centros de estudiantes.” Para ello convocó a los tres claustros a repudiar el accionar represivo y pedir por la libertad de los detenidos. Sin embargo, los hechos pondrán en aprietos el plan de lucha. Ni los estudiantes se movilizaban con la masividad que éste requería para triunfar, ni el resto de los claustros lo acompañó con la fuerza necesaria. Los profesores renunciantes estaban más compenetrados en decidir destinos para alojar sus equipos de investigación en el exterior que imbuidos en una lucha que la mayoría consideraba perdida.¹⁴ Por

¹³ “En Buenos Aires, se introdujo una novedad: el empleo policial de estudiantes-delatores para señalar a los activistas, procedimiento visible en la Facultad de Medicina que fue negado por el nuevo Decano, Andrés Santos. Uno de ellos, interceptado por un vigilante, quien le sustrajo una cachiporra casera, dijo a su captor: ‘¡Pero no se da cuenta que es una equivocación! Yo trabajo para ustedes. Lárgueme.’ En pocos segundos quedó en libertad. El secretario de Santos, Vicente P. Gutiérrez, reconoció haber visto acompañando al personal policial a Alejandro Arias, miembro del Sindicato de Derecho: ‘Supuse que era de Coordinación’, narró a los periodistas.” “Universidad. Lo que el viento se llevó”, en *Primera Plana*, 30 de agosto al 5 de septiembre de 1966, año IV, n° 192, pp. 16-17, p. 16.

¹⁴ Ya se hablaba de este traslado como “operación trasplante” señalando que los científicos argentinos privilegiaban los países latinoamericanos frente a países centrales o empresas extranjeras donde pudieran ganar mejores sueldos. Véase “Universidad. La Operación Trasplante”, en *Confirmado*, 1 de septiembre, año 2, n° 66, p. 20 y 22.





otro lado, los docentes contrarios a la intervención que en minoría habían permanecido en la Universidad comenzaban a sufrir el hostigamiento de las autoridades que concluiría con su expulsión.¹⁵ Por fuera de la Universidad, el estudiantado opositor se encontraba cada vez más sólo.¹⁶ El sindicalismo mayoritario peronista, preocupado en negociar espacios de poder con la dictadura, le daba la espalda. Este aislamiento político hacía infructuoso cualquier intento de resistir la represión, tal cual lo ponía de manifiesto el Centro de Estudiantes de Económicas. En un comunicado emitido a fines de agosto, sostenía que la facultad se estaba convirtiendo en una trampa para “cazar” estudiantes: “La presencia de dos carros de asalto y numeroso personal de la Guardia de Infantería que recorre constantemente la Facultad o se encuentra ocultamente aceptado en algunas dependencias de la misma (24 gendarmes en el Bar-Comedor), además de la gran cantidad de policía de civil [...] repugna a nuestra condición de universitarios [...]”.¹⁷ En esa misma fecha, un sector apartado de la Agrupación Humanista Renovadora de Ingeniería la denunciaba por “[...] propiciar soluciones absurdas, como la de un C.E.I. [Centro de Estudiantes de Ingeniería] presidido por un profesor, con el oculto propósito de acceder a la dirección del mismo.”¹⁸

¹⁵ Elocuente es al respecto el título de una nota de Confirmado “Universidad. ¿Comienzan las venganzas?” que comentaba el caso de una psicóloga echada de su cargo, 8 de septiembre de 1966, año 2, nº 67, p. 42.

¹⁶ En relación a los sindicatos con el paso de los días aparecieron cada vez más declaraciones llamando la atención sobre lo acaecido. En sus proclamas se llegaba a recusar al gobierno por el curso represivo seguido. Esto representaba un avance respecto a la negativa inicial de hablar sobre el tema o a la ambigüedad con que se referían a la intervención. Sin embargo, en el terreno práctico no se advierte ningún apoyo concreto. Creo que no es improbable pensar que los gremialistas afiliados ideológicamente al peronismo podían usar estas declaraciones como un modo de presionar en sus negociaciones con el Ejecutivo, con el cual seguían aliados. Por otro lado, se debe recalcar que si bien se criticaban los excesos policiales, la violencia, los interventores designados o el curso posterior seguido por el gobierno no se aludía a la intervención en sí.

¹⁷ Este comunicado es reproducido en “Información de la Junta Coordinadora de la Facultad de Ciencias Económicas” (Fondo Sanguinetti, CEDINCI).

¹⁸ Volante: “La acción humanista a los estudiantes de Ingeniería”, 30 de agosto de 1966 (CEDINCI).

Septiembre de 1966 trajo como novedad la convocatoria a un nuevo paro por parte de la FUA “reunida en un lugar del país”. La huelga nacional, convocada para el miércoles 7, se planteaba la derogación del Decreto-Ley 16.912, la libertad de los detenidos, la reapertura de las facultades, el levantamiento de sanciones y la defensa de las organizaciones estudiantiles. En el transcurso de la reunión fuista se dispuso además el desconocimiento de los interventores administradores y su denuncia en cuanto “personeros de la política de entrega de la Universidad al privilegio”. Además del reformismo alineado con la FUA en Buenos Aires, comunistas centralmente, la Liga Humanista local hizo suyo el llamamiento fuista.

En esa jornada, los centros estudiantiles porteños informaron que el acatamiento a la medida alcanzó a un 80% mientras que las autoridades minimizaron el ausentismo al plantear una asistencia del 75%. La medida coincidía con la reunión en Buenos Aires de los rectores de las universidades nacionales que trataban la asignación de los 7.200 millones de pesos ya aprobados por el Congreso en el período constitucional que la dictadura se comprometía a otorgarles. Los críticos estudiantiles, como expresó un militante humanista, juzgaban que la reunión pretendía ofrecer un espectáculo de autonomía en la toma de decisiones que contrastaba con su completa supeditación al Poder Ejecutivo.¹⁹ Ciencias Económicas, Ciencias Exactas y Naturales, Arquitectura y Filosofía y Letras, fueron cerradas, saliendo de estas casas los mayores destacamentos estudiantiles de la protesta.²⁰ La FUA, Intercentros y la Liga Humanista confluyeron finalmente en la Plaza Colón pidiendo por la libertad de los compañeros detenidos y el alejamiento de la presencia policial del ámbito universitario. Los choques con la policía que se registraron pusieron en evidencia lo lejos que estaban de realizarse las consignas fuistas. Primera Plana, la revista de mayor tirada en el país también alineada con la dictadura, señalaba que las autoridades porteñas podían jactarse de haber roto el frente estudiantil ante la baja repercusión de la protesta.²¹

¹⁹ “Universidad. El primer muerto de la Revolución”, en *Confirmado*, 8 de septiembre de 1966, año 2, n° 64, p. 19.

²⁰ “Paro nacional del miércoles 7 de septiembre”, en “Junta Coordinadora de Profesores, Graduados y Estudiantes de la Universidad de Buenos Aires”, boletín n° 3, p. 4 (CEDINCI).

²¹ “El país”, en *Primera Plana*, 13 al 19 de septiembre de 1966, año IV, n° 194, pp.12-14, p. 13.





Los días siguientes estuvieron signados por lo sucedido en Córdoba donde fue herido de gravedad el estudiante de Ingeniería Santiago Pampillón. El 14 de septiembre, tras producirse su muerte, un paro impactó con fuerza en las UBA, llegando su acatamiento a ser total en la Facultad de Derecho. Una “marcha del silencio” en homenaje a Pampillón dispuesta por la FUA, Intercentros y la Liga Humanista, en la que se sumaron estudiantes secundarios, coronó la jornada.

Tras un largo periplo, al llegar a la zona del Hospital de Clínicas fue interrumpida por la policía. Los estudiantes atacaron a esta fuerza con piedras, redoblando la policía su esfuerzo represivo al lanzar gases lacrimógenos. Barricadas, nuevas pedradas y una decena de detenidos coronaron la jornada. Aunque la conflictividad no cesó, trascurrido unos días de la muerte de Pampillón, poco a poco languideció. Así, “la semana del estudiante en lucha” dispuesta por la FUA para fines de septiembre no pudo romper, pese a que la represión le otorgó cierta difusión al plan de lucha, la apatía de la masa estudiantil. Puertas adentro de la Universidad esta apatía petrificaba al movimiento estudiantil opositor. Así, por ejemplo, la agrupación trotskista FELNA-FAA en Ciencias Exactas y Naturales comunicaba en un volante con resignación el hecho de que, tras dos meses de inactividad, las autoridades de la casa hayan podido reiniciar las clases. El objetivo de boicotear los exámenes dispuestos, reflexionaban, no se pudo cumplir ya que más allá de la militancia asistente a la asamblea que resolvió esta medida nadie se plegó a la misma. Finalmente, “Los exámenes se realizaron con toda normalidad, configurando un triunfo para las autoridades y una derrota más para el movimiento estudiantil.”²² Esta apreciación era efectuada por una agrupación que pocos días antes de la intervención universitaria había señalado que “[...] el desarrollo político de toda la vanguardia estudiantil, en función de las últimas movilizaciones, está más alto que nunca!”.²³

²² “¿Qué hacer? (II)”, Volante FELNA FAA 27 de septiembre de 1966 (Fondo Archivo “Paco” Sobrino CEDINCI).

²³ “A los estudiantes de Ciencias Naturales”, Volante 22 de junio de 1966 (Fondo “Paco” Sobrino CEDINCI).

El gobierno, entretanto, afianzó sus planes universitarios al dar inicio al “Consejo Asesor de la Enseñanza Universitaria Oficial” que debía elaborar el proyecto de ley que regularía las universidades nacionales.²⁴ Octubre fue el mes más tranquilo desde la intervención. El séptimo día del mes la FUA había convocado a un paro en homenaje a Pampillón y en repudio a la constitución de dicho consejo. El mismo contó con un acatamiento limitado en toda la UBA, a excepción de Ingeniería y Filosofía y Letras donde resultó alto. En las calles fue más notorio el gran despliegue policial que la escuálida movilización. Esto, no obstante, no imposibilitó los ya clásicos incidentes, con epicentro en la Plaza de Mayo, entre los militantes y las fuerzas represivas que derivaron en arrestos. Resulta elocuente respecto a la imposibilidad de quebrar la voluntad del gobierno en las calles el hecho de que el Centro de Filosofía y Letras capitaneado por los comunistas emitiera una semana más tarde, ante la reanudación de las clases, un comunicado en el que proclamaba defender “desde adentro lo nuestro”. Pese al cambio de orientación práctica que estaba imponiendo la situación de parálisis en que se encontraba el movimiento estudiantil, la FUA, criticando a sus críticos, seguía sosteniendo que la dictadura estaba asentada sobre un “verdadero tembladeral” y que la lucha no cesaba de abrir nuevas perspectivas.²⁵

²⁴ El consejo estaba integrado por 14 miembros nombrados por la dictadura. El ministro Martínez Paz instaló en el Congreso Nacional a 5 médicos, 5 abogados, 3 ingenieros y un profesor de Letras. Su edad promediaba los sesenta años (los estudiantes lo bautizaron como “Consejo de Ancianos”). Entre ellos, se criticaba, incluso en medios oficialistas, no existía una representación lógica de las carreras que debería alcanzar la reestructuración. Al respecto véase “Universidad, 76 días después ¿Cuál es la salida?”, en *Confirmado*, 13 de octubre de 1966, año 2, n° 69, pp. 34-37. Este consejo invitó públicamente a los sectores de la vida universitaria a enviar opiniones, propuestas o sugerencias para la redacción del proyecto de ley. Algunos especulaban que podía funcionar como puente entre el gobierno y los detractores universitarios produciendo cierto acercamiento entre ambos. La colaboración y participación con esta iniciativa gubernamental no prosperó en lo absoluto ya que esta posibilidad no era parte de la filosofía básica de los consejeros que coincidían con el orden impuesto. El plazo que se había estipulado en dos meses para que éste elevara un proyecto tampoco se cumplió.

²⁵ “Resistencia y Lucha”, folleto fechado el 14 de octubre de 1966, p. 1 (CEDINCI).





La transformación de la vida universitaria

La FUA calificaba en octubre de 1966 como “régimen cuartelero” el que Federico Frischknecht había impuesto en Económicas.²⁶ La propia militancia opositora de la facultad describía sus padecimientos de este modo: “La presencia de los efectivos policiales en los claustros universitarios, mantenidos ‘a perpetuidad’ según las condiciones del Interventor, constituye un hecho al que sin lugar a dudas no estamos acostumbrados los universitarios.” Y continuaba diciendo: “Es absolutamente inconcebible la idea de que en cada cátedra, la enseñanza se vea ‘vigilada’ por personal policial –uniformado o no– ya que es un claro atentado contra el principio de libertad de cátedra y opinión que debe regir en la Universidad.”²⁷ Más adelante, los estudiantes reformistas y humanistas opositores que suscribían este boletín se quejaban del hecho de que las autoridades habilitaran horarios de cursada por la tarde, imposibles para la mayoría de los cursantes. La prensa además seguía ofreciendo información que fundamentaba la calificación de “prisión” de la facultad más grande del país (25.000 alumnos pasaban por sus aulas). Confirmado notificaba a comienzos de noviembre la última novedad introducida en esta institución: los “chocolatineros”, apodo burlesco con el que los militantes juveniles opositores denominaban a los guardianes que hacían requisas internas. Según esta publicación: “Los estudiantes calculan que son una docena divididos en dos turnos. El uniforme que usan los vuelve vagamente parecidos a chocolatineros de salas cinematográficas o vendedores callejeros de helados [...]”.²⁸ Invenciones como ésta habían hecho muy difícil la vida del centro de estudiantes. Además de sufrir ataques individuales permanentes, los militantes debieron lamentar de conjunto la clausura de esta entidad. Como se señaló, la misma había sido cerrada a poco de asumir las nuevas autoridades.

²⁶ “Resistencia y Lucha”, folleto fechado el 14 de octubre de 1966, p. 1 (CEDINCI).

²⁷ El Tripartito. Boletín de la Junta Coordinadora de Profesores, Graduados y Estudiantes de la Facultad de Ciencias Económicas, n° 1, octubre de 1966, p. 6 (Archivo del Centro de Estudios Nacionales, caja 18, bajo el resguardo de la Biblioteca Nacional).

²⁸ “Universidad. No sólo Botet aplica sanciones”, en Confirmado, 3 de noviembre de 1966, año II, n° 72, pp. 42-45.

Tras la clausura, los estudiantes obtuvieron una orden judicial que obligaba al decano a permitir su retorno. Sin embargo éste, con la velocidad de un rayo, había interpuesto a la justicia un pedido de apelación que finalmente prosperó. El mismo obligó a la dirección reformista del centro a cerrar el local que poseía dentro de la casa de estudios y el comedor estudiantil que gestionaba. Antes de que ello ocurriera, las autoridades habían levantado una pared en el pasillo de acceso interna este comedor, haciéndose imposible su uso.

Si bien el periodismo coincidía en señalar la represión acaecida en Económicas como la más severa, no era el único caso que se destacaba. Dentro de la UBA otras tres facultades se ubicaban también a la cabeza del ranking de destrucción. En estas casas de estudio se daba una particularidad respecto al resto: en lugar de decanos interventores al frente de Arquitectura, Ciencias Exactas y Naturales y Filosofía y Letras la gestión recaía en delegados del rector (ocurría lo mismo en Farmacia y Bioquímica comanda por Alberto C. Taquini (h.) donde, sin embargo, los conflictos eran menos agudos). Luis Jorge Fourcade (h), Bernabé Josué Quartino y José Santos Gollán (h.). Ya en septiembre de 1966 el rector Botet había explicado a la revista Primera Plana el por qué de esta peculiar figura administrativa: “Eso depende del número de renunciadas. Depende también de las circunstancias en que se encuentran los grupos de profesores, porque si a pesar de la despolitización que se busca existen todavía grupos que están manteniendo cierta cohesión, no podemos hacer representatividad en estos momentos.”²⁹ La distinción con las facultades “autónomas” delimitaba una mayor conflictividad de otra menor. Así se explicaba que en estas tres facultades el inicio de las clases se había demorado tanto por la prolongada oposición del estudiantado como por la gran cantidad de renunciadas docentes en que este proceso de lucha había derivado.

²⁹“Universidad. ¿Un año perdido?”, en Primera Plana, 6 al 12 de septiembre de 1966, año IV, nº 193, pp. 20-26, p. 27.





El tardío inicio de clases en el mes de octubre no lograba ocultar el estado catastrófico en que se encontraban estas casas de estudios. En Arquitectura el delegado Fourcade resolvió en noviembre que todos los alumnos matriculados a principios de 1966 en Urbanismo aprueben, automáticamente, los trabajos prácticos de la materia y puedan rendir el examen final hasta marzo de 1968.³⁰ Esta inaudita facilidad había sido acompañada de otra resolución similar que daba por aprobada la parte práctica de las materias Estabilidad III y Estabilidad IV. En Visión y Composición, columna vertebral de la carrera, los alumnos también pudieron comprobar la inusual facilidad de aprobar con la entrega de mitad de año dos asignaturas que para promocionarse habitualmente exigían una segunda entrega al final del curso anual. Confirmado comentaba: “La generosidad del arquitecto Fourcade se debía a un sencillo motivo: la renuncia del 70 por ciento del cuerpo docente de Arquitectura dejó sin profesores a poco más de las tres cuartas partes de los alumnos.” La crónica agregaba que el delegado prefirió dividir a los estudiantes no concentrándolos demasiado (cursaban en dos lugares): “Lo que pasa es que el *galpón* es un edificio demasiado subversivo – explicó un empleado de la Facultad-: como es todo de chapa, y las divisiones no llegan al techo, si alguien grita todos escuchan y es muy fácil de generalizar desórdenes. Eso fue lo que pasó cuando quince días atrás entró la policía montada al hall.”

En Filosofía y Letras, donde también se había emulado el modelo represivo de Económicas, la situación de Sociología y Psicología, las dos carreras más grandes, ocupaba el centro de la escena. Confirmado informaba que sólo 7 de las 36 materias que se dictaban a mediados de octubre en estas carreras habían comenzado los cursos.³¹ De la crónica presentada por Primera Plana se desprendía que el decanato no mostraba interés en sacar estas carreras a flote mientras que los profesores que habían preferido luchar “desde adentro” no querían legitimar al delegado desarrollando su habitual

³⁰ “Universidad. Arquitectura: tumbas para jóvenes poetas”, en Confirmado, 10 de noviembre de 1966, año II, n° 73, p. 36-37.

³¹ “Universidad. Asesores: ocho siglos de historia”, en Confirmado, 20 de octubre, año II, n° 72, pp. 36-37.

labor docente.³² Así, el prestigioso profesor de Psicología General II Antonio Caparrós se negó a tomar finales en las condiciones existentes, lo cual le ocasionaría la expulsión a comienzos del año siguiente. En esa jornada, tres profesores de Sociología siguieron el mismo camino “[...] ‘por considerar que faltan las condiciones mínimas para desarrollar actividades docentes’, según dejaron consignado en un acta”. Aludían concretamente a la presencia de policías de uniforme y de civil en distintos lugares de la facultad, impidiendo la reunión o la conversación entre grupos. Horacio Difrieri, quien sustituyó desde fines de octubre a Gollán que no había colmado las expectativas del rector, eliminó las materias de la currícula que dictaban estos profesores, mientras que Botet los citó para que ratificaran lo firmado en actas. Finalmente, los tres docentes opositores corrieron el mismo destino que Caparrós. Entre los renunciantes y los expulsados la cifra alcanzó los trescientos, pocos más del veinte por ciento de la planta docente total de Filosofía y Letras.³³

Por último, el número siguiente de Primera Plana comentaba las desgracias de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales.³⁴ Quartino estaba decidido a eliminar el “estado deliberativo” que se vivía en esta casa. Para ello había aplicado una tajante prohibición de asambleas. En el departamento de Física, troncal en las transformaciones atravesadas por la facultad otrora vanguardia de la modernización académica, de 85 profesores sólo quedaban 5. Dada la merma docente las autoridades establecieron que los alumnos cursaran Física I en la Facultad de Ingeniería y Físico Química II en la Universidad Nacional de La Plata, colectivo de por medio que los trasladaba. Entre tanto la picardía estudiantil apodaba al profesor de Física I como Adán “porque si se le cae la hojita donde lee la lección del día se queda... como Adán.” Anécdotas como ésta sobraban en la facultad más afectada por las renunciaciones docentes.

³²“Universidad. Dos carreras en capilla”, en Primera Plana, 18 al 24 de octubre de 1966, año IV, n° 199, pp. 20-21.

³³ De acuerdo a Buchbinder, P. (1997) *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires*. Buenos Aires: EUDEBA, p. 221. (Los docentes eran Miguel Murmis, Inés Izaguirre y Silvia Sigal).

³⁴“Universidad. Ciencias Exactas: A lomo de mula”, en Primera Plana, 1 al 7 de noviembre de 1966, año IV, n° 201, pp. 23-24.





Lo dicho hasta aquí sirve para hacerse una idea general de lo acaecido en la UBA a partir de octubre de 1966. En dichas unidades académicas se vivió con mayor intensidad las consecuencias de una represión y un descalabro institucional que, no obstante, también se pudo percibir en el resto de las facultades. El hecho de que las casas reseñadas hayan atravesado con mayor ímpetu el proceso de modernización académica iniciado en el segundo lustro de los años cincuenta explica el dramatismo de su debacle actual. La animadversión de una intervención que pretendía desterrar cualquier vestigio reformista se potenciaba en las facultades que habían sido pioneras en la aplicación del programa modernizador.

Frente a la tenaz represión, es ilustrativo de la situación en que quedó la militancia opositora lo ocurrido en los referidos exámenes finales de Filosofía y Letras. En el apartado anterior ya señalaba que el activismo local, dada su imposibilidad de destronar a la intervención, debió asumir objetivos más modestos. Pelear “desde adentro lo nuestro” era la nueva fórmula del reformismo fuista que dirigía el centro de dicha facultad. Así, se pensaba que tras ganar algunas batallas podía acumular poder para promover con más fuerza la salida de la intervención. Para ello, se apeló a la táctica de no presentarse a las mesas examinadoras de principios de octubre. El centro de esta casa había resuelto por una escasa mayoría de diez votos en una asamblea de quinientas personas boicotear la concurrencia. Esta apretada votación no hizo más que anticipar una nueva derrota. “‘Los exámenes se toman normalmente’, dijo el jueves a Primera Plana, Carlos Constantini, jefe del Departamento de Profesores de Filosofía y Letras. Las cifras de los alumnos examinados en los primeros cuatro días (un 70 por ciento del total de inscriptos) marcaba el fracaso parcial de la abstención.”³⁵ Un dirigente estudiantil había calificado la actitud de quienes votaron por la asistencia como “manga de cobardes”, mientras que un estudiante testimoniaba: “Es una actitud suicida. Los estudiantes no podemos renunciar a estudiar y tomar exámenes”.

³⁵ “Universidad. La justicia dice no”, en Primera Plana, 11 al 17 de octubre de 1966, año IV, n° 198, pp. 16-19.

En ese contexto de derrota, el reformismo comenzaba a quedar aislado en toda la UBA, incluso del humanismo que hasta aquí lo había acompañado en sus medidas de lucha. La nota anteriormente citada registraba la opinión del presidente de la Liga Humanista porteña, Jorge Ferro, que polemizaba con las posiciones asumidas por la FUA: “No creemos que la no presentación a exámenes sea una táctica adecuada. Si el panorama actual se mantiene mucho tiempo, se corre el peligro de desgastar al estudiantado en luchas estériles”.³⁶ Más crudamente, una organización colocada a la izquierda de la dirigencia comunista sostenía que “El movimiento estudiantil está ‘volviendo a la tierra’. Ya no se plantea ‘grandes movilizaciones’ con la utópica y más o menos confesa esperanza de ser el detonante que movilizará al pueblo para acabar así con el gobierno y la intervención.” Concluía que “Desgraciadamente esto no se produce como consecuencia de una correcta estimación de nuestras reales posibilidades, sino que es en gran parte fruto del abatimiento y del no ver una salida a la crisis universitaria. Este es el precio del empirismo y del voluntarismo que rigió las luchas hasta este momento.”³⁷ Por su parte, los comunistas defendiendo su accionar, denunciaban a los grupos “ultraizquierdistas” como los anteriores por su “ideas frenadoras”, además de criticar a quienes, como el peronismo, se habían mostrado expectantes ante la dictadura e incluso se habían sumado a la intervención universitaria. En la nota que registraba estos conceptos, firmada entre otros por el estudiante de medicina Sergio Rodríguez, el encargado de los estudiantes comunistas en la UBA, se concluía esperanzadamente que “La reconquista de la Universidad autónoma y democrática, de contenido nuevo y ‘moderna’, será lograda si los esfuerzos democráticos de la Universidad convergen con los de los otros sectores, obreros y populares, en la formación de un centro coordinador nacional.”³⁸

³⁶Universidad. La justicia dice no”, en Primera Plana, 11 al 17 de octubre de 1966, año IV, n° 198, pp. 16-19.

³⁷ “FELNA FAA llama al Frente Único”, volante fechado el 9 de noviembre de 1966 (Archivo “Paco” Sobrino, CEDINCI).

³⁸“Universidad y dictadura”, en Nueva Era. Revista teórico-política del Partido Comunista de la Argentina, n° 11, diciembre de 1966, pp. 58-70, p. 70 (la nota también estaba firmada por Bernardo Kleiner y Berta Perelstein) (CEDINCI).





Conclusiones

A mediados de 1967, en un clima de inmovilismo ya consolidado, el informe preparatorio de la Convención Nacional de Centros convocada por la FUA expresaba una crítica de las acciones de tipo “putchistas” desarrolladas tras el golpe del año anterior. Reflexionaba:

“Desde otro ángulo, con el propósito de acrecentar la acción contra la dictadura, su política y la intervención, se impulsaron en algunos centro hechos políticos que se desligaron de la necesaria construcción del proceso estudiantil masivo que junto a la clase obrera y el pueblo, y sólo así, podrá hacer variar radicalmente la situación. Tal error fue impulsado durante un breve período también por la J.E. de la FUA y partió de sobreestimar la incidencia estudiantil dentro del proceso político que se operaba en dicho momento, tras ubicar con corrección el marco referencial fundamental, combatir justamente contra quienes predicar no luchar, e incluso pugnar por conquistar prácticamente la hegemonía del proceso frente a la orientación renunciata, se ejecutó una orientación que visualizó el hecho de resonante efecto y no la construcción del proceso.”³⁹

La autocrítica fuista frente al hecho consumado de que la realidad no había virado hacia el lado por ella imaginado, señalaba con claridad los principales problemas que tras las acciones de resistencia emprendidas luego del golpe el movimiento estudiantil opositor afrontó. Centralmente, el aislamiento al que condujo la carencia de alianzas sociales sumado a que las protestas no lograron concitar la adhesión masiva del estudiantado eran las principales causas de la derrota. Este proceso, como se vio, registró dos etapas desde la intervención hasta fin de año. En un primer momento, los enfrentamientos mostraron un carácter ascendente. El cese de actividades que se interpuso hasta el 22 de agosto de 1966 puso en evidencia la preocupación de las autoridades nacionales por lo que sucedía en las universidades. El

³⁹“FUA”, Junta Ejecutiva, junio de 1967, p. 26 (CEDINCI).

operativo represivo que se montó en todo el país contra los universitarios díscolos llegó a asesinar en Córdoba algunas semanas más tarde al estudiante Santiago Pampillón. Pero ya para septiembre era evidente en la Capital Federal al igual que en el resto del país que no se había organizado un movimiento de resistencia que pudiera expulsar a la intervención universitaria. Los días siguientes marcaron de modo decreciente la caída de la protesta que ya promediando octubre de 1966 había languidecido definitivamente.

No obstante, si el aislamiento en que cayó la militancia estudiantil opositora es incontrastable, incluso el humanismo que en principio había acompañado la lucha se iría apartando del reformismo fuista por considerar excesiva sus acciones de lucha, no sería del todo correcto atribuir exclusivamente la derrota a errores de cálculo de dicha militancia. Hacerlo significaría caer en un exceso de voluntarismo en las explicaciones históricas. Más allá de los errores cometidos, las acciones de protesta en Buenos Aires, al igual que en el resto país, chocaron con una situación objetiva que arrastraban desde el golpe de Estado que intervino las universidades públicas. En ese entonces, la dirección peronista del movimiento obrero, comprometida con el apoyo de la dictadura, había ignorado lo acaecido en las universidades. La pérdida de este vital aliado, con el cual se habían producido años antes en los reclamos salariales y presupuestarios importantes acercamientos y movilizaciones conjuntas, fue un escollo que no se pudo superar. Si bien con notable tardanza algunos gremios dieron su apoyo a los estudiantes, con un lenguaje ambiguo en muchos casos, este apoyo pareció más bien un modo de escarmentar al gobierno frente a una alianza que comenzaba a resquebrajarse, pero que aún se mantenía, que una muestra sincera de adhesión. Por otro lado, en el interior de la Universidad, el masivo e inmediato proceso de renuncia de los profesores opositores había dejado en un gran desamparo a la





militancia estudiantil del mismo signo. Si bien a fines de agosto de 1966 se logró constituir una coordinadora entre profesores, graduados y estudiantes adversos al régimen, la desarticulación total que aún reinaba impidió a ésta tomar cualquier tipo de acción práctica, contentándose con emitir comunicados contrarios a la dictadura. Para la mayoría de dichos docentes, invadidos por el pesimismo tras la brutal intervención, estaba más instalado el problema de dónde localizar los equipos de investigación que dirigían que en montar un plan de lucha para combatir a la dictadura. Los profesores que no se fueron al exterior, fundaron una serie de Centros privados donde proseguirían investigando hasta que pudieran volver a la Universidad.⁴⁰ La tenacidad que mostró el gobierno para impedir cualquier vuelta atrás de la situación alcanzada luego de la intervención, si bien podía ocasionarle problemas en tanto no había un rumbo claro a seguir, no le impidió granjearse un halo de invencibilidad. En ese contexto, a la militancia estudiantil opositora le resultó una tarea imposible ganarse la adhesión activa de un alumnado.

Esta derrota de la oposición a la dictadura conlleva a diferentes interpretaciones. Silvia Sigal, en uno de los primeros y más citados trabajos dedicados al mundo intelectual y sus alteraciones en los sesenta, sostuvo que el movimiento estudiantil permaneció “casi inmóvil” ante la intervención de 1966.⁴¹ Según ésta, fueron los docentes y las viejas autoridades quienes encabezaron la lucha. Esta afirmación es acompañada por su tesis, que goza de gran consenso, acerca de que el reformismo ya antes del golpe había perdido centralidad. En primer lugar, una reconstrucción más precisa de lo sucedido como ésta permite contradecir la idea de que los docentes fueron los protagonistas de la lucha contra la intervención. De este claustro, como se vio,

⁴⁰ Ver Izaguirre Inés y colaboradores *Lucha de clases, guerra civil y genocidio en la Argentina, 1973-1983*, Buenos Aires, Eudeba, 2009, Introducción, nota 7.

⁴¹ Véase Sigal S. (1991). *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Buenos Aires: Puntosur, p. 91.

no surgió una oposición activa a la dictadura. Los profesores en su mayoría evaluaron perdida la disputa una vez que la intervención se produjo, siendo una minoría la que eligió enfrentar “desde adentro” a la intervención. Pese a que hubo quienes resistieron de modo activo, al igual que entre los graduados, su nivel de activismo de conjunto no superó al expuesto por los estudiantes. Respecto a este claustro, si se considera al movimiento estudiantil como la fuerza demográficamente más importante de la Universidad, es cierto que nunca volcó todo su poderío a las calles. Pese a que la militancia una y otras veces buscó su movilización, no la consiguió con la masividad que esperaba. El apoyo con cierta fuerza a las huelgas fuistas no fue seguido por una disposición más activa a la confrontación en la lucha de calles. Si hasta octubre persistió una conflictividad que le permitió mantener no obstante la aspiración de cambio, la quietud que se instaló desde entonces fue menguando sus esperanzas. Con todo, sería erróneo pensar como lo hace Sigal que el movimiento estudiantil, al que ella considera en buena medida la militancia, se encontraba “atraído por otros debates”. El reformismo lejos de estar ausente de la lucha, fue el principal motor de ésta, desafiando así una creciente represión. No hubo en 1966 un debate más importante que el que se dio de cara a la intervención. Incluso la minoría estudiantil que se volcó al apoyo del golpe, entre la que sobresalían grupos que se reconocían peronistas, no concibió un debate más importante del que se generó alrededor de la intervención y su legitimidad. Frente a este panorama, la masa estudiantil, limitó su accionar no porque estuviera sumergida en otros debates ideológicos, sino porque ante la corroboración de que la lucha en lo inmediato estaba perdida, al igual que lo habían pensado los docentes díscolos pero a diferencia de sus posibilidades prácticas, prefirió “salvar el año” concentrándose en los exámenes.





Bibliografía

Bonavena, P. (2012). "Conflicto social y protesta en la ciudad de La Plata: el caso del movimiento estudiantil frente a la irrupción de la 'Revolución Argentina'". En C. Castillo y M. Raimundo (comps.). *El 69 platense. Luchas obreras, conflictos estudiantiles y militancia de izquierda en La Plata, Berisso y Ensenada durante la Revolución Argentina* (pp. 15-63). Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora.

Buchbinder, P. (1997). *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires*. Buenos Aires: EUDEBA.

Brignardello, L. (1972). *El movimiento estudiantil argentino: Corrientes ideológicas y opiniones de sus dirigentes*. Buenos Aires: Macchi.

Califa, J. (2014). *Reforma y Revolución. La radicalización política del movimiento estudiantil de la UBA 1943-1966*. Buenos Aires: EUDEBA.

De Riz, L. (2000). *La política en suspenso 1966-1976*. Buenos Aires: Paidós.

Ferrero, R. (2009). *Historia Crítica del Movimiento Estudiantil de Córdoba, Tomo III (1955-1973)*. Córdoba: Alción.

Gordillo, M. (2007). "Protesta, rebelión y movilización: de la resistencia a la lucha armada, 1955-1976". En J. Daniel (dir.). *Nueva Historia Argentina. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*. Tomo IX (pp. 329-380). Buenos Aires: Sudamericana.

Izaguirre Inés y colaboradores: *Lucha de clases, guerra civil y genocidio en la Argentina, 1973-1983*, Buenos Aires: Eudeba, 2009.

Millán, M. (2013). *Entre la Universidad y la política. Los movimientos estudiantiles de Corrientes y Resistencia, Rosario, Córdoba y Tucumán durante la "Revolución Argentina" (1966-1973)*. Buenos Aires: Tesis de Doctorado, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

O' Donnell, G. (2009). *El Estado Burocrático Autoritario 1966-1973. Triunfos, derrotas y crisis*. Buenos Aires: Prometeo.

Portantiero, J. (1973). "Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual". En O. Braun (comp.). *El capitalismo argentino en crisis* (pp. 73-117). Buenos Aires: Siglo Veintiuno.

Potash, R. (1994). *El Ejército y la Política en la Argentina 1962-1973. De la caída de Frondizi a la restauración peronista. Segunda parte 1966-1973*. Buenos Aires: Sudamericana.

Romero, L. (1994). *Breve Historia Contemporánea de la Argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Slemenson, M. (1970). *Emigración de científicos argentinos: organización de un éxodo a América Latina*. Buenos Aires: Instituto Torcuato Di Tella.

Sigal, S. (1991). *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Buenos Aires: Puntosur.

Vega, N. (2010). "Repertorios discursivos y constitución de identidades en el movimiento estudiantil santafecino durante el Onganiato". En P. Buchbinder, J. Califa y M. Millán (comps.). *Apuntes sobre la formación del movimiento estudiantil argentino* (pp. 131-158). Buenos Aires: Final Abierto.

Fuentes

Archivo del CEDINCI.

Archivo del Centro de Estudios Nacionales bajo el resguardo de la Biblioteca Nacional.

Base de datos confeccionada por Pablo Bonavena (incluye los diarios porteños *La Nación*, *Clarín*, *La Prensa* y *Crónica*).

Confirmado, 1966.

Primera Plana, 1966.

